

Cantar de los cantares

Dibujos de
Ester Gurevich

Versión de
Eliahu Toker

Edición digital exclusiva de Casa Argentina en Israel
Tierra Santa y Fundación Internacional Raoul Wallenberg



Cantar de los cantares

Dibujos de
Ester Gurevich

Versión de
Eliahu Toker

Cantar
de los Cantares

Versión española de ELIAHU TOKER

Palabras preliminares

Los antiguos textos clásicos se nos ocultan, a menudo, tras un idioma detenido en el tiempo. Pero cuando conseguimos cruzar esa barrera, suele brotar con toda su frescura el perfume original. Descubrimos entonces que, en esencia, el ser humano no ha cambiado.

Esta versión del Cantar de los Cantares es una invitación a comprobarlo; a leer hoy, de veras, un poema de amor escrito hace cerca de dos mil quinientos años y a descubrir que puede resultar una experiencia conmovedora. Es que el Cantar de los Cantares, incorporado generosamente a la Biblia Hebrea, trata de algo tan antiguo y tan actual como la pasión y la ternura, como las búsquedas, encuentros y desencuentros de una pareja de enamorados.

Tal vez resulte extraño que existiendo ya en castellano tantas versiones de este poema —desde aquella famosa de fray Luis de León hasta las de las modernas Biblias españolas y latinoamericanas— encaremos una más. Pero esta versión parte de premisas diferentes.

En primer lugar, pretende rescatar en castellano la frescura y sensualidad que impregnan el original hebreo de este poema y que las diversas traducciones escamotean por razones ideológicas.

En segundo lugar, pretende encontrar un equilibrio entre el respeto por el texto y el respeto por el lector, volcando el Cantar a un lenguaje contemporáneo, coloquial y poético. Que sepamos, no existe aún en castellano una versión que se haya propuesto eludir los arcaísmos y rescatar, al mismo tiempo, su aliento bíblico y poético.

No intentamos, por lo tanto, una versión del Cantar de los Cantares para eruditos. Basados en el original hebreo y consultando gran número de textos y traducciones, elaboramos una versión para gustadores.

Corresponde dejar testimonio de la deuda que esta obra tiene con Abraham Platkin y Orna Stoliar, quienes pulieron su primera versión con su crítica oportuna.

Cantar de los cantares

Capítulo I

- Ella: Cantaré el Cantar de los
Cantares de Salomón. 1
Bésame con besos de tu boca 2
que tus amores son mejores
que el vino;
que el aliento de tu cuerpo 3
me embriaga
y pronunciar tu nombre
despierta fragancias
que lo impregnan todo.
Por eso te aman las muchachas.
- Llévame contigo; 4
corramos a tu alcoba y
gocémonos con alegría..
Evocar tus caricias embriaga
más que el vino.
Con razón de ti se enamoran..
- Soy morena pero agraciada, 5
hijas de Jerusalén;
morena como las tiendas
del desierto,
llena de gracia como los
pabellones del rey.
No me desdeñen por ser morena, 6
es que el sol me ha tostado.
Disgustados conmigo,
los hijos de mi madre
me han puesto a guardar
sus viñas y descuidé la mía.
- Dime, amor, adónde llevas 7
a pacer tu rebaño,
dónde reposas al mediodía
para que, buscándote,
no vaya a extraviarme
entre las majadas de tus compañeros.
- Él: Si no sabes dónde hallarme, 8
hermosa entre las muchachas,

sigue las huellas de mi rebaño
y lleva a pacer tus cabritos
junto a las tiendas de los pastores.

Oh, hermosa, amiga mía, 9
tienes la prestancia de los
corceles del faraón.
Te haré pendientes de oro 10
con engastes de plata.
¡Qué delicado es tu rostro 11
ornado por tu pelo!
¡Qué gracia tiene, con los collares,
tu cuello!

Ella: El perfume de mi cuerpo 12
va tras de mi amado
adonde quiera que vaya.
Cuando descansa entre mis pechos 13
él es para mí un ramito de lavanda,
un manojo de hierbas aromáticas. 14

Él: ¡Qué hermosa eres, amiga, 15
qué hermosa!
Tus ojos son palomas de
serenidad y gracia.

Ella: ¡Qué hermoso eres, amor! 16
¡Qué grato!
En la campiña hemos tendido
nuestro lecho,
las ramas de los cipreses 17
son nuestro techo
y los cedros, las columnas de
nuestra casa.

Capítulo II

Ella: Soy una rosa del campo,
una azucena del valle. 1

Él: Como una azucena entre
espinas es
mi amada entre las
muchachas. 2

Ella: Como un manzano entre
arbustos silvestres
es entre los jóvenes mi amado. 3



Elia Pineda
1984.

Me senté a su sombra deseada
 a la espera de su amor, dulce a
 mis labios.
 El me condujo al mundo de la
 embriaguez 4
 e hincó en mí la bandera de su
 amor.

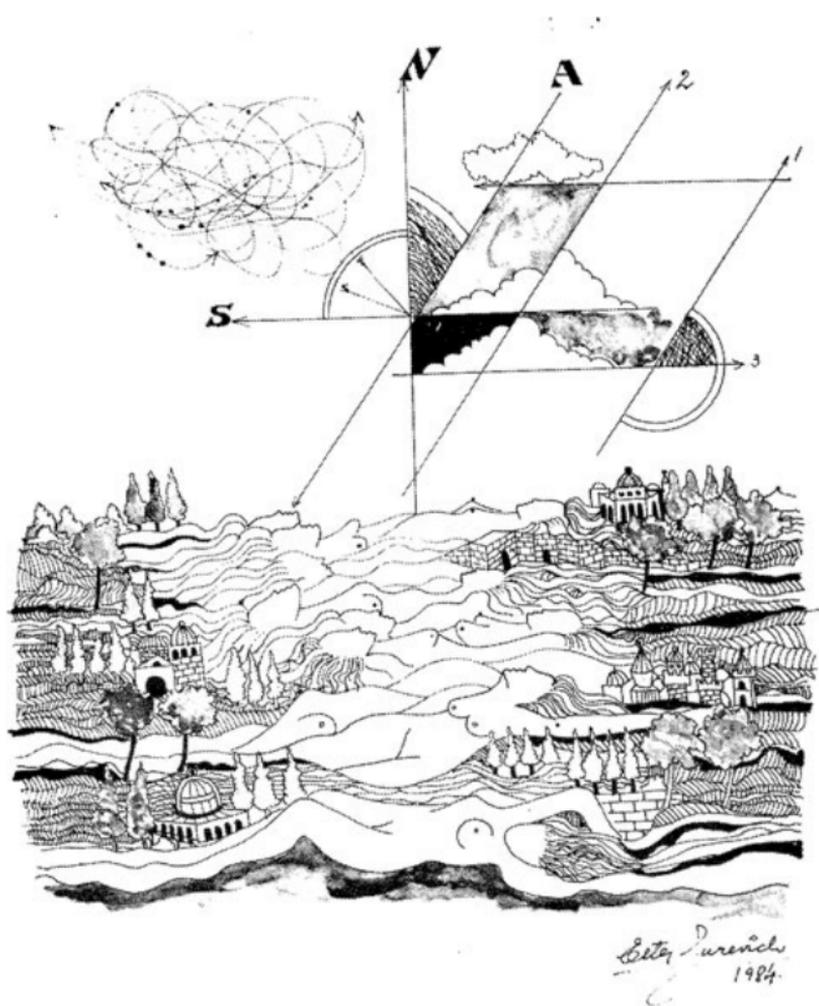
Recostadme entre los viñedos, 5
 tendedme un lecho
 entre los manzanos:
 estoy enferma de amor.
 Que su izquierda tome mi cabeza 6
 y que me abrace su diestra.

Él: Hijas de Jerusalén,
 os conjuro 7
 por las gacelas y los ciervos
 salvajes:
 No nos despertéis del amor;
 dejadnos sumidos en él cuánto
 el amor quiera.

Ella: ¡Oigo la voz de mi amado!
 Ya viene 8
 corriendo por los montes,
 saltando por las colinas.
 Mi amado es como un ciervo
 joven, un gamo. 9
 Ahí está tras la ventana,
 atisbando entre las cortinas,
 diciéndome: 10

Él: Levántate, hermosa mía;
 levántate, amada
 que ya ha pasado el invierno, 11
 que las lluvias ya han cesado,
 que ya se abren las flores, 12
 que ya ha llegado el tiempo
 de las canciones.
 Ya se oye la voz de la tórtola
 en nuestra tierra;
 ya ha echado sus brotes la higuera; 13

ya esparcen su aroma
las viñas en flor.
Levántate amada mía,
levántate bella mía y ven.



Ven, paloma, no te escondas
entre las rocas, 14
no te ocultes entre las peñas.
Déjame ver tu rostro, déjame
oír tu voz:
tu voz melodiosa y tu rostro
encantador.

Quitad de nuestro camino a
las pequeñas raposas 15
que destruyen las viñas
que, como la nuestra,
están en flor.

Ella: Mi amado es para mí
y yo soy para él, 16
para ese que apacienta
su rebaño entre azucenas.
Vuelve, amado, cruza como
un ciervo las colinas 17
antes que el día disipe las sombras.

Capítulo III

Ella: Noche a noche busco
en mi lecho 1
al que desea mi alma,
lo busco sin hallarlo.
Cierta vez, en sueños,
me levanté 2
y anduve por la ciudad;
recorrí calles y plazas buscando
a mi amado sin encontrarlo.
Me hallaron los centinelas de
ronda por la ciudad. 3
Les pregunté si habían visto
al que anhela mi alma.

Apenas los dejé
encontré a mi amado. 4
Entonces lo tomé para no dejarlo
hasta hacerlo entrar en

la casa de mi madre,
en la alcoba de la que me
tuvo en sus entrañas.

Hijas de Jerusalén, os conjuro
por las gacelas y por
los ciervos salvajes,
no me despertéis del amor;
dejadme soñar con él cuánto
el amor quiera.

5



Coro: ¿Quién viene subiendo
del desierto 6
entre una humareda de aromas
y fragancias, de mirra e incienso?

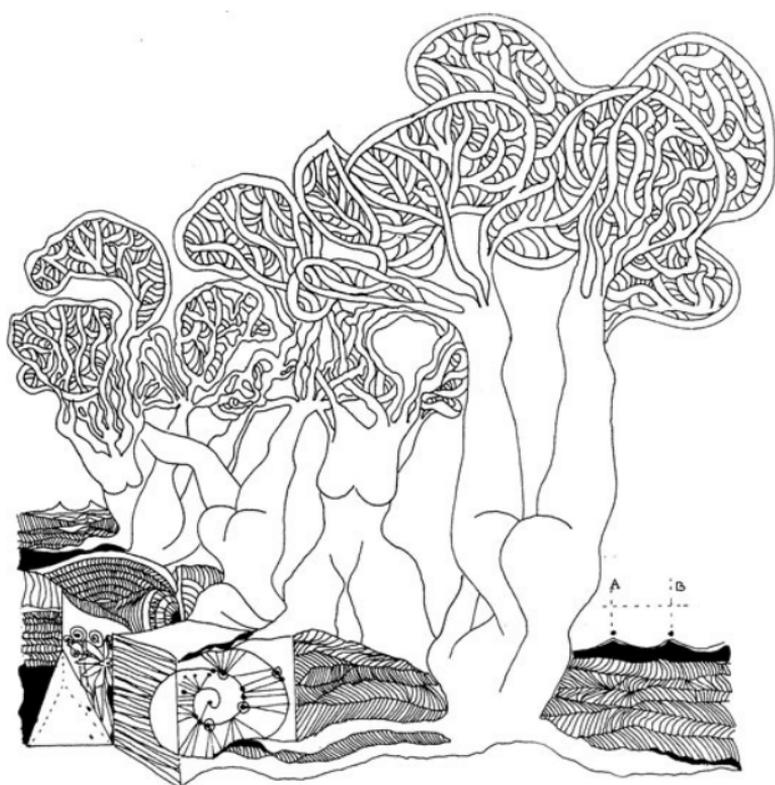
Es la litera de Salomón 7
rodeada por sesenta varones,
los más valientes de Israel,
todos de espada tomar,
sabios en artes de guerra, 8
cada cual con su sable al muslo
contra las acechanzas
de las tinieblas.

Es la litera que se hizo Salomón 9
con maderas del Líbano;
sus columnas son de plata y
su baldaquín de oro, 10
su asiento recamado en púrpura
y su interior
tapizado con el amor de
las hijas de Jerusalén.
Salid y ved, hijas de Sión, 11
al rey Salomón con la diadema
con que lo coronó su madre en
el día de sus bodas,
en el día más dichoso
para su corazón.

Capítulo IV

Él: ¡Qué bella eres, amada,
qué hermosa! 1
Tus ojos tienen dulzura
de palomas,
tus cabellos son rebaños
que se mecen bajando la colina,
tus dientes tienen la blancura 2
de ovejas esquiladas que acaban
de bañarse,
todas igualitas;
tus labios son dos cintas rojas, 3

tu palabra es melodiosa,
 tus mejillas tienen el rubor
 de la granada,
 tu cuello tiene la gracia de
 la torre de David; 4
 tus pechos son un par de
 cabritos mellizos 5
 pastando entre azucenas.
 Antes que el día disipe
 las sombras 6
 me hundiré en tu monte
 de perfumes, entre tus colinas
 de incienso.
 Eres hermosa, amada,
 sin defecto alguno. 7



Vente desde el Líbano, amada; 8
ven, apúrate desde las cumbres,
desde las cuevas de los leones
y los montes de los leopardos.

Hermana mía, esposa, 9
me has robado el corazón;
pende de una sola cuenta
de tu collar,
de una de tus miradas.
Qué deliciosos 10
son los amores contigo
hermana, esposa;
embriagan más que el vino.
El aliento de tu cuerpo
es la mejor fragancia.
Tus besos son la dulzura, 11
bajo tu lengua hay leche y miel
y como el incienso
aroman tus ropas.
Eres un jardín, hermana, esposa: 12
un jardín fiel,
una fuente sellada que se abre
sólo para mí;
un parque con granados,
con frutales exquisitos, 13
cipreses, azafrán, canela, nardos, 14
árboles aromáticos, balsámicos.
Eres un manantial,
una fuente de vida. 15

Ella: Despierta, viento del norte;
ven, viento del sur, 16
oread mi huerto y que exhale
todos sus perfumes.
Que mi amado venga y coma,
que goce de mí y de todos
los frutos de su jardín.

Capítulo V

Él: Voy hacia ti hermana,
esposa, huerto mío, 1
a empaparme de fragancias,
a comer de la miel,
a beber leche y vino.
También tú, amiga, come, bebe
y embriágate de amor.

Ella: Yo duermo, pero
mi corazón permanece en vela 2
atento al llamado de su voz.
Sueño que mi amado
golpea a mi puerta:

“Ábreme hermana, amada,
paloma, perfecta mía,
que tengo la cabellera
humedecida de escarcha
y la cabeza empapada de rocío.”

Ya me he quitado la túnica,
¿volver a vestirla? 3
Ya me he lavado los pies,
¿volver a calzarme?
Mi amado apoya su mano
en la hendedura 4
y se me estremecen
las entrañas.
Por mis manos corren
jugos exquisitos. 5

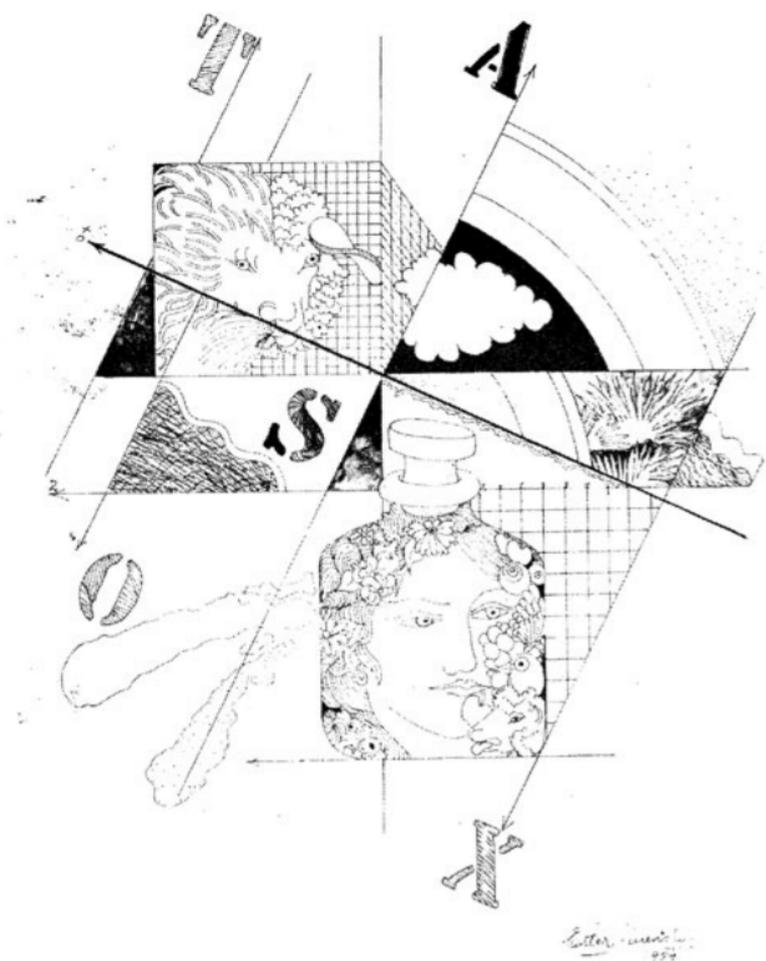
Me levanto a abrirle
pero ya no está.
Mi alma sale tras de él, 6
lo busco y se ha marchado,
lo llamo y no responde.
Sueño que me encuentran
los guardias de la ciudad, 7
que me golpean, me hieren y
me quitan el manto
los centinelas de las murallas.



Oh, hijas de Jerusalén, os conjuro: Si encontráis a mi amado decidle que desfallezco de amor.	8
Coro: ¿En qué es distinto tu amado de los otros? ¿Cómo reconocerlo, hermosa entre las muchachas?	9
Ella: Mi amado es fuerte y gallardo, se destaca entre miles. En su cabeza refulgen cabellos negrísimos.	10 11
Sus ojos brillan como palomas recién bañadas en leche, descansando junto a un arroyo; sus mejillas son un jardín aromático	12 13
y sus labios son flores. Sus manos parecen tallas de orfebres	14
y su vientre, marfil orlado de zafiros. Sus piernas son torneadas columnas de mármol;	15
es esbelto como un cedro. Su hablar es dulce y todo él es deseable.	16
Así es mi querido, hijas de Jerusalén, así es mi amado.	

Capítulo VI

Coro: ¿Adónde fue tu amado, hermosa entre las muchachas? ¿Hacia dónde fue? Lo buscaremos contigo.	1
--	---



Ella: Mi amado bajó a su jardín
 donde cultiva flores; 2
 fue a apacentar sus ovejas
 y a recoger azucenas.
 Mi amado es para mí
 y yo soy para él, 3
 para ése que apacienta
 su rebaño entre azucenas.

Él: Tienes el encanto de la
 ciudad de Tirza, amada; 4
 tienes la hermosura de Jerusalén.

Eres imponente como un
 ejército en marcha
 con las banderas desplegadas.
 Aparta de mí tus ojos,
 que me intimidan: 5
 tus cabellos son como rebaños
 que se mecen bajando la colina;
 tus dientes tienen la blancura
 de ovejas esquiladas 6
 que acaban de bañarse,
 todas igualitas;
 tus mejillas tienen
 el rubor de la granada. 7

Sesenta son las princesas;
 ochenta, las concubinas 8
 e innumerables las doncellas,
 pero ninguna es como mi paloma,
 la perfecta, 9
 la única entre sus hermanas,
 la preferida de la que la dio a luz.
 Al verla, las doncellas la celebran,
 princesas y concubinas la alaban.

Coro: ¿Quién es ésta 10
 que cuando aparece
 es como el alba,
 hermosa como la luna,
 resplandeciente como el sol,
 imponente como un ejército
 en marcha con
 las banderas desplegadas?

Él: Bajé al huerto de los nogales, 11
 a las orillas del arroyo
 a ver si había brotado la vid,
 si habían florecido los granados,
 y de pronto, sin darme cuenta,
 mi alma se fue tras ella,
 como llevada por
 los carros de Aminadab.



Walter D'Amico
1954

Capítulo VII

Coro: Danza, danza,
hija de Jerusalén,
que nos encanta verte.

1

Ella: ¿Para qué queréis
verme girando entre
las filas de las
danzarinas?

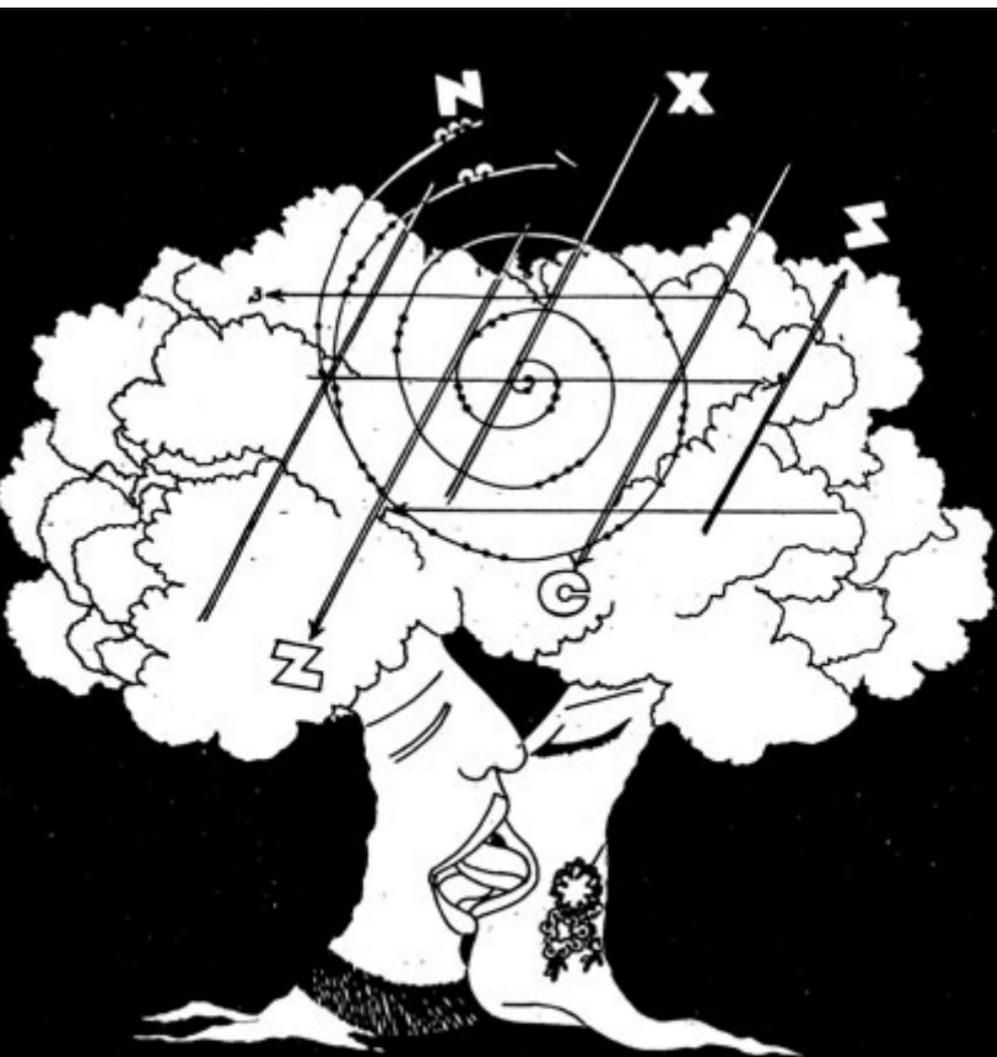
Coro: Qué hermosos
son los pasos
de tus pies en las sandalias,
hija de príncipes.

2

La curva de tus muslos parece
 tallada por manos de orfebres;
 tu vientre es la luna,
 una copa de vino, 3
 un campo rubio
 flanqueado de hierba.
 Tus pechos son
 dos cabritos mellizos. 4
 Tu cuello es una
 columna de marfil, 5
 tus ojos son estanques
 en los que brilla el sol,
 tu rostro es delicado
 como la torre del Líbano;
 llevas tu cabeza erguida
 como el Carmelo, 6
 tu cabello tiene el brillo
 de la púrpura,
 y tienes a un rey
 atado a tus trenzas.

Él: Cuánto te han embellecido 7
 los deleites del amor, amada.
 Esbelta como una palmera,
 tus pechos son los racimos. 8
 Pensé trepar a la palmera 9
 a tomar esos racimos;
 tu aliento sabrá a manzanas,
 tus pechos, a vino,
 y yo me embriagaré con tu boca. 10
 El amor es dicha que fluye,
 que vuelve elocuentes
 los labios dormidos.

Ella: Yo soy para mi amado 11
 y sus deseos son para mí.
 Ven, salgamos al campo, amado. 12
 Dormiremos en las aldeas,
 nos levantaremos de
 madrugada a ver las viñas: 13
 si ya brotaron los pámpanos,
 si ya se abrieron las flores,
 si ya florecieron los granados.



Allí te daré mis amores.
Las mandrágoras
exhalarán sus perfumes
y tendremos a nuestro alcance,
amado,
los frutos exquisitos que yo
guardaba para ti.

14

Capítulo VIII

Ella: Oh, si fueses de veras
mi hermano, 1
amamantado por los
pechos de mi madre,
podría besarte delante de todos
sin ruborizarme.

Te llevaría a casa de mi madre 2
a que me enseñes a amar
y te daría vino perfumado
y licor de granada.

Tú pondrías tu mano izquierda
bajo mi cabeza 3
y con la derecha me abrazarías.

Y les dirías a las hijas
de Jerusalén: 4

Os conjuro;
no nos despertéis del amor;
dejadnos sumidos en él
cuánto el amor quiera.

Coro: ¿Quién es esa que
viene subiendo del desierto 5
apoyada en el hombro de su amado?

Ella: Me despertaste al amor
bajo el manzano,
el mismo sitio donde te concibió
tu madre y donde te dio a luz.

Grábame sobre tu corazón
como un tatuaje, 6
ponme como un sello
sobre tu brazo,
que el amor es poderoso
como la muerte
y los celos,
cruelles como el infierno.

No pueden apagar el amor
ríos ni océanos 7

y si, con sus riquezas,
alguien intentara comprarlo
se haría objeto de burla
y de desprecio.

Coro: Cuando eras pequeña,
hermana, 8
y aún no tenías pechos,
pensábamos qué hacer contigo
cuando te requiriesen de amores.
Nos dijimos: Si sabe ser un muro 9
la enjcaremos con
almenas de plata,
pero si es una puerta
la fortificaremos con tablas de cedro.
Dijiste: “Yo seré un muro 10
y mis pechos, torres fortificadas;
seré una fuente de paz a ojos
de quien me ame.”

Él: El rey Salomón tiene
una viña enorme 11
a la que puso guardias
y comparte con ellos sus frutos.
Mi viña es pequeña pero mía 12
y no comparto con
nadie sus amores.
Oh, tú, que habitas en mi viña 13
y cuya voz todos alaban,
déjame oír tus cantos.

Ella: Corre amado, 14
corre como el gamo,
como el ciervo,
húndete
en los montes perfumados.

FIN